

De Relatos tradicionales de la cultura catía

Luis Fernando Vélez Vélez

“El aguacero”

Se murió la mujer de un catío y éste se quedó sin harina.

El hombre tenía una hija a quien le había arrancado todo el pelo de la cabeza para librarla de los piojos y de otras plagas. Un día en que el indígena no estaba en su casa, llegó una vieja y le dio un poco de harina a la muchacha. Cuando regresó el papá de la sembrera, vio la harina y le preguntó a la muchacha quién se la había dado. La hija mintió y dijo que la había preparado ella misma. El indio se puso a batir la harina para tomársela y al batirla encontró una hebra de cabello largo. Le preguntó a la muchacha de quién era ese pelo, ya que no podía ser de ella. La niña se calló.

Sospechó el hombre que alguien estaba visitando el tambo en su ausencia, y al día siguiente salió dizque a trabajar, pero se



quedó escondido. Al poco rato llegó la vieja con su canastica de harina.

El hombre le preguntó irritado que por qué resultaba con esa harina en su casa, y lleno de ira le descargó un golpe tan fuerte que la partió por la mitad. Al poco rato, el cadáver se fue volviendo nebuloso y se elevó por los aires convertido en un espeso nubarrón.

Hacía mucho tiempo que no llovía, pero, al día siguiente, de ese nubarrón cayó un copioso aguacero.

Nota sobre “El aguacero”

Esta leyenda la trae en su obra el padre Pinto (Pinto García, Constancio. Los indios katíos, su cultura y su lengua, vol.2. Medellín, Ed. Compás, 1974, p. 232) bajo el título de “La mujer de la harina”, a continuación de los relatos sobre el origen del ñame y antes de la relativa a la pita. Sobre ella, y haciendo alusión al relato sobre el ñame dice: “Relacionado con esta versión, tenemos una tradición que por curiosidad traemos aquí”. Y en verdad que el mencionado texto ofrece grandes semejanzas de trama y de estructura con los otros que lo anteceden en nuestro trabajo (los del ñame y de la pita).

“Personas que se volvieron animales”

El cumbarré, gulungo, gurupa u oropéndola era antiguamente una mujer que se alimentaba de plátano. Sólo ella conocía esa fruta y a nadie daba su secreto. Caragabí se enteró de lo que ocurría y la castigó por su avaricia y mezquindad, convirtiéndola en ave.

Había una india llamada Angeramia. Cuando iba a traer maíz se demoraba mucho y lo traía ya molido en el canasto. Su suegra empezó a desconfiar y tanto insistió ante su hijo que éste se puso celoso y, para persuadirse, se fue un día a la roza. Allí encontró a su mujer encaramada en un tronco desgranando maíz y le amenazó que la iba a castigar. Entonces la

india se llenó de miedo y se convirtió en un gusanito y se quedó dentro del maíz. De allí vienen los viringos, esos gusanos pequeños que se alimentan de maíz sin secar.

El cangrejo era primero un hombre al que le gustaba mantenerse junto al agua. Llegó una vez el jefe de una cuadrilla de peones y le pidió permiso para beber agua. El hombre aquel no se lo quiso dar y entonces el jefe de los peones le dio un fuerte pisotón y lo dejó como aparece ahora, con el cuerpo aplastado y los ojos brincados.

Nota sobre “Personas que se volvieron animales”

En tres lugares diferentes encontramos breves tradiciones cuyo común denominador es el hecho de que alguna persona se haya convertido en animal. Por eso las hemos agrupado bajo un solo título. Las tres proceden de la obra del padre Pinto (Op. cit., pp. 253-254) Y sólo les hemos hecho leves variaciones de forma. La relativa a la oropéndola la tomó el autor de Arcelio Carupia del Alto Sinú. La relativa al gusano del maíz le fue narrada por una indígena catía de la Palma en el Darién panameño, y la atinente al cangrejo procede de los indígenas del Chamí con quienes tuvimos oportunidad de confirmarla. Recuérdese que el relato sobre Caragabí y su mujer infiel constituye otro ejemplo de este mismo género.



“Carabí”

Carabí fue un jaibaná o brujo memorable que vivió por las regiones del Alto Andágueda.

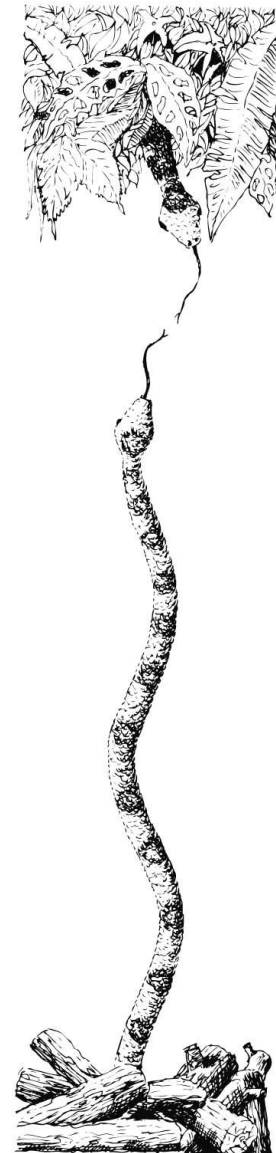
Carabí vivía con su mujer y tenía una hija adolescente. Una noche, cuando Carabí y su mujer dormían, llegó un indígena joven y, sin que los indígenas se dieran cuenta, cohabitó con la doncella.

Hacia las cuatro de la mañana, el joven se levantó y se metió debajo de un montón de leña que había en la casa.

Ya de día, la muchacha se fue a traer otro viaje de leña y le encargó a la mamá que no gastara más de la mitad del montón que había en la cocina, mientras ella regresaba. La mamá no le hizo caso y, cuando su hija se fue, movió toda la leña. En el asiento estaba enroscada una culebra venenosa. Era el joven amante que se había convertido en serpiente. La culebra, ágilmente, clavó sus colmillos en

la mujer y huyó presurosa a ocultarse en la selva.

Cuando llegó Carabí, que a todas estas estaba cazando en el monte, y encontró a su mujer grave por la picadura venenosa, se puso a seguir el rastro de la serpiente y la encontró en el bosque cerca del tambo, comiendo hierba junto a otra culebra.



Carabí cogió de esa hierba y la llevó a la casa, la machacó bien, hizo un brebaje y lo dio a su mujer y con él le bañó el cuerpo, con lo cual quedó completamente aliviada.

Cuando regresó la muchacha, recriminó a su mamá porque había movido todo el montón de leña y no alcanzó a decir más porque al instante quedó, ella también, convertida en culebra y huyó veloz al monte en busca de su compañero.

Nota sobre “Carabí”

El padre Constancio Pinto (Op. Cit., pp. 188-189) trae este relato bajo el título de “Dabeiba, ¿una serpiente?” y dice que le fue referido por Benigno Arce, catío del Alto Andágueda. Sobre Carabí afirma que según su informante “hubo un personaje extraordinario llamado Carabí el cual era dios, pero un dios a su manera. Vivía en la tierra con su mujer...” Luego, en sus comentarios el autor se pregunta si Carabí no será el mismo Caragabí, para concluir que “se trata, tal vez con más seguridad, de algún jaibaná o brujo memorable...”.

**Luis Fernando Vélez Vélez (Salgar, 1944 -Medellín, 1987). Abogado, antropólogo, teólogo y activista de los derechos humanos, fue asesinado en 1987. Extractados de la obra Relatos tradicionales de la cultura catía (Medellín, Universidad de Antioquia, 1990, pp. 91-93), estos fragmentos constituyen entrañables muestras de otra de las vetas del humanismo y la cultura del defensor de los derechos y la dignidad humana. Se incluyen, por supuesto, y con fines divulgativos, con las magníficas ilustraciones de Diego Mesa González*